

Bertina Henrichs

*That's all right, mama*

Traducido del francés por Manuel Talens

Alianza Editorial

Título original: *That's All Right, Mama*

*Reservados todos los derechos.*

*El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

© Editions du Panama, 2008

© de la traducción: Manuel Talens Carmona, 2009

© Alianza Editorial, S. A. Madrid, 2010

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; tel. 91 393 88 88

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-206-6883-3

Depósito legal: M. 18.447-2010

Fotocomposición e impresión: Fernández Ciudad, S. L.

Coto de Doñana, 10; 28320 Pinto (Madrid)

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*And my traveling companions  
Are ghosts and empty sockets  
I'm looking at ghosts and empties  
But I've reason to believe  
We all will be received in Graceland.*

*(Y mis compañeros de viaje  
son fantasmas y vacíos  
estoy mirando fantasmas y oquedades  
pero tengo razones para creer  
que todos seremos recibidos en Graceland.)*

PAUL SIMON

*Cálidos agradecimientos a:*

Philippe Vauvillé, mi compañero de viaje;

Wolfram Haemmerling, quien desde el primer día no ha dejado de apoyarme;

Sebastian Danchin, por sus hermosos libros sobre Elvis Presley y el blues en Memphis, su acogida y sus consejos inestimables;

Jake Lamar, Marie-Noëlle de la Granderie, Laurent de Gaspéris, mis amigos, que me contaron su Memphis;

Nick Tosches, por su insólito libro *Héros oubliés du rock'n roll*, al que debo informaciones valiosísimas y algunas carcajadas;

Éditions Liana Levi, por todo lo que han hecho por *La jugadora de ajedrez*;

mi madre, por su paciencia y su sentido del humor;

y *last but not least*, al «Rey».

*A Sharon y Joséphine*



# I

Algunos seres, atentos al menor estremecimiento de su alma, tienen premoniciones. Las aprehenden y las cultivan. Ése no era el caso de Eva. Jamás, en toda su vida, había tenido la menor premonición.

No consideraba esa carencia de misterioso murmullo un defecto, pues, en el fondo, no creía que se pudiera predecir la desgracia o la felicidad como una parábola humana hipersensible.

No consultaba a videntes, echadores de cartas ni otros iluminados. Tomaba sus decisiones cuando había que tomarlas, sin echar una ojeada a los astros.

El día que murió su padre en un accidente de tráfico no tuvo ningún presentimiento. Estaba a punto de empezar a jugar tranquilamente con sus muñecas cuando sonó el teléfono y vio cómo su madre se desmoronaba.

Cuando conoció a Michel, no hubo música celestial. Y cuando rompieron, no se produjo un diluvio.

Recibió su nombramiento como profesora de universidad una mañana del mes de julio en un sobre de papel reciclado justo cuando estaba fregando el pasillo.

\* \* \*

La desgracia llegaba cuando tenía que llegar. ¿Para qué saberlo con antelación? En cuanto a la felicidad, de todas formas no llegaba nunca, y a veces se presentaba de repente.

La niebla matinal se había disipado dando lugar a un cielo de primavera: nubes dispersas sobre un fondo azul. Casi hacía calor.

Al salir de la universidad donde había impartido sus clases, Eva se quedó inmovilizada un momento e inspiró profundamente. Entornó los ojos cegada por el contraste de la luz del sol. El impermeable gris y su echarpe de invierno, que tres horas antes eran adecuados, ahora parecían una señal de profundo pesimismo.

Con un gesto de molestia, Eva se quitó el pañuelo y lo metió en un gran bolso negro que llevaba a todas partes. El día había empezado con una serie de tropiezos que poco a poco habían ido alterando su buen humor y no tenía ningunas ganas de añadir al cuadro un aspecto de sufridora. No. Todo lo contrario, estaba decidida a salvar el día. No eran más que las once y las cosas aún podían dar un giro favorable.

Después de comer se iría a corregir los ejercicios, a sudar una hora en el gimnasio al que acudía habitualmente, a hacer algunas compras y se pasaría la tarde leyendo, por fin, la novela de ese autor indio del que todo París hablaba y que se había

comprado la semana anterior.

Puesto que Victor había anulado su cita, podría acostarse temprano y meterse en una nueva historia. Siempre le había gustado ese momento privilegiado en el que por primera vez abría un libro que durante un tiempo daría tono y color a su vida.

De todas formas, vería a Victor el sábado, puesto que tras el inicio de su relación se veían todos los jueves y los sábados por la tarde, salvo algunas excepciones.

Con paso decidido, Eva se dirigió hacia la parada del autobús.

Cuando pasó por delante de la fuente de la plaza, se vio bruscamente devuelta a la realidad.

—Buenos días, señorita, que pase un buen día, ¡eh!

Eva se volvió y vio a un vagabundo en el banco.

—Por casualidad, ¿no tendría usted unas pilas?

—¿Cómo? —dijo ella.

—Sí, pilas redondas, normales.

—Ah, no, no tengo. Lo siento —contestó, casi tartamudeando por la sorpresa.

Miró al hombre con más atención. Los ojos muy azules brillaban en medio de un rostro arrugado, enmarcado por una cabellera rubia e hirsuta. No sabría calcularle la edad, pero aún parecía joven.

—Qué pena. Pero no importa —respondió su interlocutor—. Era por si acaso. A veces hay quien se pasea con pilas y no sabe qué hacer con ellas. Por eso yo pregunto. Nunca se sabe.

Eva asintió con la cabeza.

—Me han pasado cosas realmente increíbles —continuó

el vagabundo.

—Lo creo —se apresuró a responder, alejándose enseguida por miedo a que aprovechara su respuesta para contarle un episodio rocambolesco.

Sin embargo, tras unos pasos, su curiosidad la superó. Se acercó a la tienda de ultramarinos de enfrente, donde compró cuatro pilas. Volvió hacia el hombre y le tendió el paquetito.

—Ah, ¡qué sorpresa! —dijo contento—. Es muy amable por su parte. ¿Ve? Siempre les digo a mis colegas: no hay que desesperarse. La humanidad no está tan podrida. Ésta es la prueba.

Desentendiéndose rápidamente de Eva, abrió la mochila mugrienta que tenía a sus pies y sacó un walkman en el que metió dos pilas. Con aire radiante se cubrió las orejas con los auriculares, encendió el aparato y se puso a marcar con la cabeza el ritmo rápido de una canción.

Eva aceleró el paso. Llegaba su autobús. Se sentó al lado de una mujer obesa que iba cargadísima con voluminosas bolsas de la compra. Un hombre con ropa deportiva, que estaba a dos metros de distancia, se rascó ostensiblemente los testículos, y una mujer con sombrero, maquillada cuidadosamente, se agarró a su bolso Vuitton como a un salvavidas. Mientras que su cuerpo se balanceaba peligrosamente colgado de la barra, un hombre canoso de complexión fuerte miraba con insistencia a Eva. Exasperada, se dio la vuelta y se puso a mirar por la ventanilla.

A veces, aunque cada vez menos, conseguía ver París como al principio. Para eso, hacía falta despojar la ciudad de esa capa espesa de cotidianidad que se le iba acumulando con

el paso de los años. Como para muchos jóvenes extranjeros, París se anunciaba como una fiesta. Con Hemingway, Miller y Beckett en mente, Eva ignoró todas las advertencias de su entorno y se lanzó a una conquista tan ingenua como heroica de la capital francesa.

En medio de ese torbellino de declaraciones apasionadas, llegaron los años de trabajo duro. Pero poco a poco, desgranando derrotas y modestas victorias, había terminado por hacerse un sitio. Había cambiado el alemán, ronco y familiar, por la musical sonoridad del francés, que se dejaba conquistar con contención y reticencia, falso pudor y espantadas, como una dama por un caballero atento y con tacto en un baile de noche.

Después de terminar sus estudios de literatura, Eva se convirtió en profesora de universidad, el nivel más alto al que podía aspirar siendo una extranjera titulada sin oposición. Su entrada en el círculo universitario fue bien recibida. «¡Enhorabuena! —le dijeron algunos tras la obtención de su plaza—. Puedes estar orgullosa.» Había recogido los frutos que la gran nación sabía dispensar cuando se trataba de recompensar a sus más apasionados servidores.

Sólo ella sabía que, mientras tanto, en el largo camino que lleva a la integración, París había perdido su aire de fiesta y su música había enmudecido.

Por eso a veces, al girar en una calle, cuando paseaba a la luz del atardecer, podían aparecer los viejos fantasmas del deseo, últimas reliquias de un amor apasionado.



Desde la escalera, Eva oyó el timbre del teléfono. Subió los peldaños de cuatro en cuatro mientras rebuscaba las llaves de la puerta en los bolsillos del impermeable. Abrió la puerta precipitadamente, pero, a pesar de la prisa que se había dado, descolgó muy tarde. La persona que intentaba localizarla no había dejado mensaje. Contrariada, dejó el bolso y se quitó el abrigo.

En su fuero interno, esperaba escuchar a Victor diciéndole que habían cancelado su reunión de trabajo y que estaría libre para verse como siempre. Sin embargo, sabía que esta hipótesis era altamente improbable. Victor trabajaba de forma tan apasionada como quienes juegan en un casino, con la misma febrilidad en la mirada que cuando la bolita de la ruleta empezaba a girar.

Productor en una gran agencia de publicidad, se sumergía en cada nueva campaña como si fuera la última. Ganaba mucho dinero y lo gastaba despreocupadamente y con alegría. Se diría que era un hombre guapo, con el pelo rubio, que

llevaba un poco largo, el rostro siempre bronceado y los ojos verdes. Su forma de vestir, una sabia mezcla de refinamiento y dejadez, le confería un aspecto de absoluta naturalidad. Incluso sus gafas de concha parecían más una coquetería que el modo de corregir un defecto de la vista.

Eva lo conoció en una cervecería a la que ambos acudían con regularidad. Nunca se habían dirigido la palabra hasta el día en que Eva se dejó el mechero. Le pidió fuego, él acercó su banqueta y poco después se habían hecho amantes.

Al principio de su relación, Victor, que tenía una intensa vida social, había considerado buena idea fijar los días en los que se verían. El resto de la semana cada uno vivía su vida y se dedicaba a sus cosas. Eva no se opuso a esta propuesta. Mantenían una relación placentera, liberados de los mezquinos problemas del día a día.

Pero de vez en cuando, de golpe y porrazo, por un imprevisto sin importancia, volvían a aparecer los recuerdos de otra historia, tan loca y apasionada como normal y sensata parecía la historia con Victor. Un largo capítulo de la vida de Eva. Confusión. Sin palabras para digerir su absoluto y desquiciado fervor. Sin dignidad que recuperar. Cuando se la veía, no se la creería capaz de semejante locura. Ella lo sabía. Y, sin embargo, le había faltado poco para arrojar la toalla.

Michel.

Nunca lo había contado. Aquella historia no formaba parte de las anécdotas que se evocan charlando mientras se toma una taza de té después de comer.

En general, Eva era bastante reservada con sus cosas. *Spröde*, pensó de repente en alemán mientras se cambiaba el

traje de chaqueta azul marino, que en secreto denominaba su caparazón de respetabilidad, por unos vaqueros descoloridos y una camiseta blanca. *Spröde* era una palabra que no encontraba en francés, puesto que no había una correspondencia real. Quizá era una palabra profundamente alemana. Como *gemütlich*<sup>1</sup> o *Heimat*<sup>2</sup>, que expresaban, sin lugar a dudas, una forma de ser, una forma determinada de ver el mundo. Algo que se escapa de la unificación, de la globalización, de la adaptación. Del comentario también. Aquí no expresaba tanto una ausencia de fantasía como la sombra de un vicio. La contención extrema como un vivero de imaginación condensado.

Eva, de pie en el minúsculo reborde de flores que ella definía orgullosamente como su balcón, se fumó el cigarrillo de cuando volvía a casa. Le gustaba observar las idas y venidas de la gente en la callecita a la que se asomaba.

Con un aspirador bajo el brazo, madame Rodez, la portera, surgió del edificio para desaparecer rápidamente en el de al lado. Magali, su vecina de abajo, arrastraba a su hijo Jules, que protestaba con un galimatías entrecortado con sollozos. Daba las gracias al doctor Constant, quien galantemente le sujetaba la puerta. Una mujer mayor, encorvada, a la que Eva conocía de vista, avanzaba parsimoniosamente, librando un combate heroico contra la reclusión. Un hombre en bicicleta silbaba alegremente una canción desconocida. A lo lejos, una radio daba las noticias.

Éste era su pequeño caparazón, dentro del cual se sentía

---

<sup>1</sup> *Cosy*, en inglés en el original: agradable, acogedor. [N. del T.]

<sup>2</sup> Patria y hogar.

protegida contra los peligros de la existencia, un apartamento de dos habitaciones en el distrito XVIII, en el que se instaló después de unos años de vagabundeo estudiantil.

Había elegido de manera consciente cada mueble en función del sitio, y cada objeto ocupaba un lugar concreto. Había enmarcado y colgado encima del aparador un póster de un detalle de un cuadro de Goya. Representaba a una joven que llevaba en la cabeza un cesto lleno de uvas. La pared de enfrente estaba decorada con un gran cuadro abstracto en el que dominaba el blanco y que subrayaba los materiales como un palimpsesto. Se lo compró a un pintor en un viaje a Dieulefit. Aquélla fue la primera vez que compró un cuadro, y la transacción, se acordaba de aquello, tuvo algo de solemne.

Eva quería mantener su espacio vital tan sereno como fuera posible. Los ceniceros siempre estaban vacíos y limpios. En la casa no se acumulaba ningún desmañado montón de periódicos. No se quería dejar invadir por el batiburrillo que se acumula en la mayoría de los apartamentos. Esta actitud le exigía mucha concentración porque ella, de natural, no era ordenada. Por otra parte, sus innumerables libros tenían tendencia a escapar de su organización.

La última compra de Eva fue un sofá-cama de terciopelo rojo. Le costó muy caro, y aceptó que su madre le ofreciese una parte como regalo de cumpleaños. Nunca había tenido nada tan bonito. Magali, su vecina, había dado gritos de admiración al sentarse con deleite en los mullidos cojines. Incluso Eva se sentía siempre algo intimidada por el sofá. «Un día me despertaré y no estará ahí. Entonces me daré cuenta de que lo había soñado, de que nunca existió», pensó

mientras daba una calada a su cigarrillo.

Unos años antes tuvo una pesadilla recurrente. Llegaba a la facultad para dar clase. Delante de una cincuentena de alumnos, abría la boca y de repente se daba cuenta de que no hablaba francés, de que no sabía ninguna palabra de esa lengua, que se había vuelto absolutamente extraña para ella. Los alumnos se impacientaban, se reían y se iban de clase. Siempre se despertaba empapada en sudor y no conseguía recobrar la calma hasta una media hora después. Quizá siempre viviría con el temor de ver desaparecer su vida parisina, como si fuera una alucinación, una superchería.

Para ahuyentar los pensamientos desagradables, aplastó con fuerza el cigarrillo y abandonó el balcón. De su colección de discos de ópera eligió una grabación de *La Sonámbula* de Bellini, que le gustaba especialmente, interpretada por la Callas. Durante los primeros acordes de la orquesta, se fue a la cocina para preparar algo de comer. Mientras removía la vinagreta, el teléfono volvió a sonar.

Esta vez, a Eva le dio tiempo a descolgar. Una voz femenina indecisa le dijo en alemán que quería hablar con ella. Un poco intrigada, Eva confirmó su identidad. La mujer parecía más segura sin que por ello su voz adquiriera una verdadera determinación.

—Soy Carola. Carola Horwitz. Nos conocemos. Soy amiga de tu madre, ¿te acuerdas?

Eva se limitó a asentir. «Las llamadas de conocidos lejanos que se disponen a hablarte de un ser cercano no presagian nada bueno», pensó inquieta de repente.

—Lo que te voy a decir es difícil. Lo siento. Tu madre ha

tenido un percance. Tienes que venir lo antes posible —dijo la mujer.

Ya está. Ocurrió. Tarde o temprano algo por el estilo tenía que pasar. Eva siempre había imaginado que un día la llamarían para darle este tipo de noticia. Al mismo tiempo, nunca había pensado demasiado en ello. La catástrofe, casi probable, siempre tenía que estar por venir, ni mañana, ni pasado mañana. Un día, de la manera más indefinida posible. Y ahora, de manera súbita, quedaba fijada en la imagen de este difícil mediodía.

Preguntó por la dirección del hospital, por la causa del accidente, anotó un número de teléfono e incluso pensó en dar las gracias antes de colgar.

Las horas que siguieron fueron de puro pánico. Encontró un vuelo. Avisó en la secretaría de la universidad, hizo las maletas y se marchó.

La espera en el aeropuerto se le hizo interminable. Se sentía ausente de sí misma, sumida en un estado de concentración sin un verdadero objetivo. La revista que había comprado siguió cerrada en sus rodillas. Se levantó varias veces para andar.

Incluso en circunstancias normales odiaba los aeropuertos, esos lugares impersonales por definición. Se sentía tan mal en ellos como en una esclusa de descompresión. Esta vez fue peor. Un tiempo de vida inútil, imposible de vivir, imposible de evitar. En tránsito. «Como el luto», pensó de repente estremeciéndose. Y la convalecencia, se tranquilizó.

El avión despegó con media hora de retraso. Un pequeño contratiempo que, aquella tarde, la hundió en un mar de

cólera. Todo lo que no había hecho en años le pareció que se concentraba en estos treinta minutos perdidos que se alzaban entre su madre y ella como una barrera infranqueable. Insultó a la azafata, que respondió con fría amabilidad. Estaba acostumbrada a los clientes que protestan.

Por fin a bordo, Eva dejó que le dieran un vaso de zumo de naranja y dos bizcochos blandengues, que masticó maquinalmente. La inquietud se impuso a sus fuerzas y al sobrevolar Estrasburgo sucumbió a un sueño agitado.



—*Na, wo soll's denn higehe?* —preguntó con jovialidad el taxista en ese dialecto que había bañado toda su infancia.

Eva le dio la dirección en un alemán despojado de toda marca de pertenencia a un lugar. No quería que la reconocieran como originaria de la ciudad. No había reencuentros que festejar. Simplemente indicó la dirección. El taxi arrancó. De repente, el chófer se mostró menos inclinado a parlotear. Los trayectos que llevaban directamente del aeropuerto al hospital son puñeteros. Mejor mantener las distancias.

Durante el trayecto Eva constató que, después de su última estancia, el número de rascacielos había aumentado. Esa visión futurista, un poco megalómana, que se ofrecía a sus ojos era casi bonita. Fráncfort empezaba a ser merecedora del nombre de «pequeño Manhattan» gracias al cual trataba de atraer a los hombres de negocios desde hacía más de cuarenta años. Las primeras luces de la tarde se reflejaban en el río. Las riberas del Meno fueron su lugar favorito de paseos dominicales. Le gustaba mirar los grandes barcos que se deslizaban

imperturbables por el agua. Eso había sido como un anticipo del mar. El mar estaba lejos. Todo le había parecido lejos de Fráncfort.

La telefonista del hospital, una mujer de unos cuarenta años muy maquillada tras sus gafas ovaladas de concha roja, le dirigió una sonrisa profesional mientras contestaba al teléfono. «Universitätsklinik, dígame.» Trescientas veces al día repetía esta escueta fórmula de bienvenida, que era tan reiterada por sus labios que casi se había hecho incomprensible. Una triste colección de sonidos pronunciados con un extremado interés por economizarlos, amputados en las terminaciones y vacíos de sentido. Una tortura verbal.

«Universitätsklinik, dígame. No se retire.» Presionó los botones. Entre dos llamadas, finalmente logró encontrar en su ordenador el nombre de Helene Jacobi y explicar a Eva el camino. «Universitätsklinik, dígame. No ha venido esta mañana. Tendrá que volver a llamar.»

Mientras se internaba por los largos pasillos verdosos, Eva aún escuchó varias veces repetir la machacona fórmula.

Al empujar la puerta de la habitación que le había indicado la telefonista, Eva recibió una gran impresión. No pudo reconocer esa cara pálida de anciana que reposaba sobre una almohada azul. El cuerpo de su madre, vestida con un simple camión de hospital, se perdía entre los tubos. Tenía la piel blanca y ajada; Lena no era de esos sexagenarios bronceados y musculosos que exhiben con orgullo los folletos de viaje. Era una mujer marchita con el pelo teñido de un rubio elegido prematuramente. Incluso bajo esa débil luminosidad, se veían las raíces que asomaban. Dormía y roncaba ligeramente.

Después de un brevísimo instante de duda, Eva dejó sus cosas en una silla y se acercó a la cama. Tomó con la suya la mano de su madre, chocando, en ese gesto de ternura, con una perfusión.

Del pasillo llegaban los ruidos habituales del hospital, el crujido de las camas sobre el linóleo, el chirrido de las suelas de caucho que iban y venían incansablemente, aceleradas por momentos, ralentizadas otra vez, el tintineo de cucharas, las conversaciones de pasillo, algunas murmuradas, otras sorprendentemente altas.

Cuando Eva se levantaba suavemente con la intención de ir a ver al médico, su madre abrió los ojos. Su mirada erró durante algunos segundos, perdida, y después se posó sobre su hija. Una leve sonrisa iluminó su cara.

—Te han hecho hacer todo ese viaje, mi pobre niña, para ver a tu madre en este estado —terminó por decir.

—Eso es lo de menos, mamá. Estoy muy preocupada por ti.

—Creo que no merecía la pena. Ya estoy mucho mejor. Seguramente querrán desembarazarse de mí en un día o dos —dijo con una voz débil que parecía desmentir sus palabras.

—Ya veremos. Si es así, mejor —dijo Eva volviéndose a sentar—. Cuéntame qué pasó.

—Oh, el corazón —Lena consiguió hacer un gesto desdenoso con la mano—. Quería hacer de las tuyas. Le pasa a veces. Pero bueno, esta vez ha sido más fastidioso —concluyó—. Ni siquiera tuve tiempo de hacer la maleta. Me fui sin nada.

—¿Cómo llegaste aquí?

—En ambulancia con sirena y todo. ¡Qué guirigay! Ha sido la primera vez en mi vida.

—Y espero que sea la última. He tenido miedo de verdad.

Lena no se incorporó.

—Estoy contenta de verte —dijo apretando un poco los dedos de Eva—. Poco importan las circunstancias, las madres siempre están contentas de ver a sus hijos. No se puede evitar. Es así. Quizá un día lo compruebes por ti misma...

Se interrumpió ante la sonrisa molesta de Eva.

—¿Podrías hacer algo por mí, *Kätzchen*<sup>3</sup>?

—Claro, mamá.

—Vete a casa y me traes el neceser, una toalla y un camisón que sea digno de ese nombre. No puedo estar con esto —señaló el odioso camisón que apenas la tapaba.

—Pero... —dijo Eva—. Eso podría esperar hasta mañana.

—No, tengo frío —insistió su madre—. Toma un taxi. Será más rápido.

—Mamá, tengo treinta y ocho años. Sé cómo hacerlo...

No siguió. Su madre había levantado ligeramente la mano para interrumpirla.

—Hazlo deprisa, te espero. Hablaremos después.

—En ese momento sintió que le costaba hablar.

Eva le besó la frente y salió de la habitación.

Rehízo el camino en sentido inverso. Justo antes de salir del edificio, escuchó «Universitätsklinik, dígame».

Delante de la entrada principal tomó un taxi que la llevó hacia el mundo de su infancia.

---

<sup>3</sup> Gatita.